

## OPOSICIÓN TRADUCTORES E INTÉRPRETES 2006

### Ejercicio nº 1 - 1ª Fase (Traducción sin diccionario)

#### PALOS DE CIEGO

#### **Me lo merezco**

Por Javier Cercas

Con fulminante valentía, al día siguiente de la concesión del Premio Príncipe de Asturias a Pedro Almodóvar, Forges publicaba una viñeta en la que se veía al galardonado, joven, victorioso, feliz y sin miedo, montado en la cabeza de un toro de cuernos sanguinarios, fauces feroces y cola de diablo; junto a la viñeta se leía: “Almodóvar venciendo a la ancestral envidia ibérica”. [...]

No hace mucho, David Trueba me contó una anécdota. En una ocasión se encontraron Fernando Fernán-Gómez y el gran autor sueco Erkländ Josephson. En algún momento, Fernán-Gómez comentó: “No sé si sabrá usted que el pecado nacional español es la envidia”. “¿De veras?” contestó Josephson. “Pues qué casualidad: en Suecia también consideramos que la envidia es nuestro pecado nacional”. No hay que confundir la honestidad con el masoquismo: la envidia no es una pasión nacional – entre otras cosas, porque las naciones son una entelequia –, sino una pasión universal de la que nadie, salvo los sabios – los muy sabios – y los niños – los muy niños –, está exento; ni siquiera, por supuesto, los propios envidiados, por la razón evidente de que nadie tiene a todas horas cuanto quiere o cree merecer, y porque hay que poseer una fortaleza, una alegría y una generosidad heroicas para no sentirse amenazados por las alegrías y triunfos ajenos, y para alegrarse inflexiblemente de ellos. Todo esto lo saben muy bien los moralistas, que nunca han dejado de indagar sobre esa pasión enigmática y común. Casi todos ellos aceptarían, como La Rochefoucauld, que la envidia es un furor que no puede sufrir el bien de los otros, que es más irreconciliable y destructiva que el odio (o que es simplemente una forma refinada del odio) y que, en todo caso, siempre es más letal para quien envidia que para quien es envidiado, porque nuestra envidia dura siempre más que la dicha de aquellos a quienes envidiamos.[...]

Así que mucho me temo que todos, en algún instante de horror, hemos sido un toro de cuernos sanguinarios, fauces feroces y cola de diablo. Nada de ello es misterioso. Lo misterioso (lo que siempre me pareció misterioso) es que casi todos nos vanagloriamos de nuestras pasiones, incluso de las más vergonzosas, salvo de la envidia, que es la única que jamás osamos confesar. Me pareció misterioso hasta que hace poco, leyendo a uno de los hombres más feroces y sanguinarios, más odiados y amados y envidiados de que hay noticia, me pareció resolver el enigma. “La envidia es una confesión de inferioridad”, escribió Napoleón Bonaparte. Exacto: por eso nos horroriza sabernos envidiosos; por eso no hay placer más alto ni virtud más limpia que la generosidad: porque no somos héroes – ni muy sabios ni muy niños –, pero por un momento la generosidad nos permite creer que no somos inferiores a nadie, ni más torpes ni más tristes ni más desdichados, y que un premio concedido a Almodóvar es un premio que nos conceden a todos. Incluidos a usted y a mí. De modo que enhorabuena y muchas gracias.